



DONNA LEON

La tentación del perdón

Desobedece una ley injusta y obedecerás a la verdad

Seix Barral



Seix Barral Biblioteca Formentor

Donna Leon

La tentación del perdón

Traducción del inglés por
Maia Figueroa Evans

Título original: *The Temptation of Forgiveness*

© 2018 by Donna Leon and Diogenes Verlag AG Zürich

© por la traducción, Maia Figueroa Evans, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

Primera edición: marzo de 2018

ISBN: 978-84-322-3353-1

Depósito legal: B. 2.462-2018

Composición: gama, sl

Impresión y encuadernación: Cayfosa, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

Tras salir de casa con el tiempo justo para llegar puntual a la reunión con su superior en la *questura*, Brunetti se encontraba sentado en uno de los últimos asientos del número 1, ojeando *Il Gazzettino* de la mañana con ademán ocioso. Su subconsciente le indicaba que acababan de salir de la Salute y empezaban a cruzar hacia Vallaresso, y oyó que las hélices se detenían un instante y comenzaban a girar en dirección contraria. El sistema veneciano de ecolocalización lo avisó de que aún estaban a cierta distancia del margen izquierdo del canal, así que no era normal oír que el *vaporetto* daba marcha atrás: quizá hubiese algo en el agua que el capitán estuviera intentando esquivar.

Brunetti apartó el periódico y echó un vistazo, pero no vio nada. O, para ser más exactos, no vio más que un sobrio muro gris que reconoció de inmediato: un banco de niebla. Le costaba creer lo que veía, pues al salir de casa tan sólo veinte minutos antes el cielo estaba despejado. Era como si, mientras él leía sobre el último fallo de funcionamiento del dique MOSE, a pesar de los más de treinta años de planificación y malversaciones, alguien

hubiera colgado un enorme paño gris delante del *vaporetto*.

Era noviembre, y la niebla, de esperar. La temperatura no había mejorado respecto a la última semana. Brunetti se volvió y se fijó en el hombre de su derecha, pero éste estaba tan absorto en lo que quiera que mirara en la pantalla del móvil que si un grupo de serafines hubiese formado con precisión militar a ambos lados de la embarcación, no habría reparado en ellos.

Se detuvieron a unos metros del muro gris y el motor quedó en punto muerto. A su espalda, oyó a una mujer susurrar: «*Oddio*», pero con cierta sorpresa, no con miedo. Brunetti miró hacia la *riva* de la izquierda y vio el hotel Europa y el Palazzo Treves, pero al parecer Ca' Giustinian había sido devorado por la misma niebla densa que se extendía ante ellos por el Gran Canal.

El caballero del móvil por fin levantó la vista y miró al frente antes de concentrarse de nuevo en la pequeña pantalla, que sostenía en la mano izquierda. Brunetti plegó el diario y se volvió para mirar hacia atrás. A través de la puerta y de las ventanas traseras, vio que venían más barcos en su dirección, mientras que otros se desviaban hacia el puente de Rialto. Un número 2 salió de la parada de la Accademia y se dirigió hacia ellos, pero enseguida frenó y se detuvo.

Entonces oyó un claxon antes de ver a un taxi dar un volantazo para esquivar al número 2 y dirigirse hacia ellos a toda velocidad. Mientras lo adelantaba, Brunetti se fijó en que el piloto hablaba con una mujer rubia que estaba de pie detrás de él. En ese instante, ella abrió la boca como ahogando un grito, y eso obligó al piloto a volverse al frente. Impasible, giró el timón para después

virar bruscamente y situarse delante del *vaporetto* de Brunetti, y la barca penetró en la cortina de niebla.

Brunetti dejó atrás a su vecino de asiento y salió a cubierta esperando oír el choque desde proa, pero no oyó más que al taxi alejarse cada vez más. Entonces el motor del *vaporetto* cobró vida de nuevo y empezaron a avanzar poco a poco. Desde donde estaba, el *commissario* no veía si el radar del puente daba vueltas, pero no le cabía duda de que tenía que estar funcionando, o el piloto no se arriesgaría a continuar.

Como si estuvieran a bordo de un barco mágico en una novela de fantasía, atravesaron la cortina gris y, al otro lado, recuperaron la luz del sol. En el puente de mando, un miembro de la tripulación estaba relajado y medio apoyado en la ventana, mientras que el capitán miraba al frente con las manos en el timón. En el margen, los *palazzi*, libres de toda envoltura nubosa, pasaban con calma a medida que el *vaporetto* se aproximaba a la parada de Vallaresso.

La puerta se abrió a su espalda y los pasajeros fueron saliendo para acumularse en cubierta. La embarcación amarró, el tripulante abrió la barandilla de metal para permitir que unos pasajeros desembarcaran y otros los reemplazaran, la cerró y el barco zarpó. Brunetti miró de nuevo hacia la Accademia, pero ya no quedaba ni rastro de la niebla. Otros barcos se acercaban al *vaporetto* y después se alejaban. Delante tenían el *bacino*; a la izquierda, la basílica, la Marciana y el *palazzo* descansaban en sus lugares correspondientes mientras el sol de la mañana continuaba barriendo las sombras de la noche.

Brunetti observó el interior del *vaporetto* preguntándose si el resto de los pasajeros habían visto lo mismo que él, pero no recordaba cuáles estaban a bordo en el mo-

mento en que había aparecido la niebla. Para averiguarlo tendría que hablar con ellos uno por uno, pero sólo de pensar en cómo lo mirarían, cambió de opinión.

Tocó la barandilla y comprobó que estaba tan seca como el suelo de la cubierta. Esa mañana se había puesto un traje de color azul oscuro, y notó calor en la manga y en el hombro derechos. El sol brillaba, el aire era fresco y seco, no se veía ni una nube en el cielo.

Se bajó en San Zaccaria y dejó el periódico olvidado, y mientras el *vaporetto* se alejaba, abandonó toda posibilidad de verificar lo que había visto. Caminando despacio por la *riva*, se cansó de darle vueltas a lo inexplicable y prefirió concentrarse en lo que tenía que hacer al llegar a la *questura*.

La tarde anterior había recibido un correo electrónico de su superior, el *vicequestore* Giuseppe Patta, en el que éste le solicitaba que acudiese a hablar con él a la mañana siguiente. El mensaje no iba acompañado de ninguna otra explicación, algo habitual, pero el tono sonaba cordial, y eso no lo era.

El comportamiento del *vicequestore* Patta era, en general, predecible, tratándose de un hombre que se había abierto camino a través de la burocracia gubernamental. Parecía más ocupado de lo que estaba, nunca perdía la oportunidad de apropiarse los elogios destinados al cuerpo en el que trabajaba y era cinturón negro en apañárselas para que la responsabilidad o las culpas de cualquier fracaso le cayeran a otro. Lo que no cabía esperar de alguien que había trepado el poste engrasado del éxito administrativo con tanta facilidad era que, durante décadas, hubiera permanecido en el mismo lugar. La mayoría de los hombres que alcanzaban su rango continuaban subiendo en zigzag de provincia en provincia, ciudad a

ciudad, hasta que una promoción en sus últimos años de carrera les permitía mudarse a Roma, lugar donde acostumbraban a quedarse como gruesos coágulos en la superficie del yogur, impidiendo el paso del aire y de la luz y también el progreso de aquellos que quedaban debajo de ellos.

Patta, como un trilobites del periodo Cámbrico, se había enterrado en la *questura* de Venecia y se había convertido en un fósil viviente. A su lado, y petrificado en el mismo estrato de limo, estaba su ayudante, el teniente Scarpa: otro nativo de Palermo que también había acabado pensando que allí la hierba era más verde. Los *commissari* iban y venían, durante los años que Patta llevaba en Venecia había habido tres *questori* distintos, y hasta los ordenadores se habían cambiado dos veces. Pero Patta permanecía allí como una lapa aferrada a su roca mientras las olas chocaban contra él sin perturbarlo, con su fiel teniente a su lado.

No obstante, ni Patta ni Scarpa habían demostrado entusiasmo alguno por la ciudad ni parecían tenerle un cariño especial. Si alguien decía que Venecia era hermosa —o incluso llegase a afirmar que era la ciudad más bonita del mundo—, Scarpa y Patta intercambiaban una mirada que insinuaba, aunque no consignaba, su desacuerdo. Sí, ambos parecían estar pensando: «Pero ¿ha visto usted Palermo?».

Fue la secretaria de Patta, la *signorina* Elettra Zorzi, quien recibió a Brunetti cuando éste entró en el despacho donde ella montaba guardia ante el del *vicequestore*.

—*Commissario* —lo saludó—. El *vicequestore* ha llamado hace unos minutos; me ha pedido que lo avise de que llegará enseguida.

Si Vlad el Empalador se hubiera disculpado porque

las estacas estaban demasiado romas, el *commissario* no podría haberse quedado más pasmado.

—¿Le ocurre algo a Patta? —preguntó sin pensar.

Ella ladeó la cabeza para considerarlo y empezó a esbozar una sonrisa que detuvo en seco.

—Últimamente habla mucho por teléfono con su esposa —contestó. Y añadió—: Es difícil de saber. No tengo ni idea de qué le dirá ella, pero él contesta con muy pocas palabras.

De algún modo, la *signorina* Elettra se las había apañado para colocar un dispositivo de escucha en el despacho de su jefe, pero Brunetti no quería averiguar los detalles y prefirió no demostrar que tenía conocimiento de ello.

—Cuando habla con Scarpa se acercan a la ventana.

¿Significaba eso que el dispositivo estaba en el escritorio o que Patta sospechaba algo y se aseguraba de que su ayudante bajase la voz lo suficiente para que no los oyesen? ¿O acaso les gustaban las vistas?

—¿Cómo? —preguntó Brunetti con las cejas enarcadas.

Se fijó en que la blusa de la *signorina* Elettra era del color de la remolacha, con botones blancos en la parte delantera y en los puños; tenía la caída líquida de la seda.

Ella colocó los dedos estirados de una mano sobre los de la otra y con ellos formó una rejilla que cubría una parte de su escritorio.

—No tengo ni idea de qué lo preocupa.

Brunetti tuvo la impresión de que había una pregunta implícita, pero no comprendía por qué: si alguien estaba al tanto de los movimientos de Patta, ésa era ella. La secretaria continuó, sin apartar la vista de las manos:

—Cuando habla con su esposa no está nervioso. La escucha y le dice que haga lo que le parezca más adecuado.

—¿Y cuando está con Scarpa?

—Con él parece más inquieto. —De pronto calló, como para reflexionar, y añadió—: Podría ser que no le guste lo que Scarpa le dice. El *vicequestore* lo interrumpe de vez en cuando y una vez le ordenó que no lo molestase con más preguntas —explicó, pasando por alto que era poco probable que ella hubiera podido oír la conversación desde su despacho.

—No me diga que tienen problemas... —respondió Brunetti con seriedad.

—Eso parece —convino ella—. ¿Quiere esperarlo dentro o lo aviso cuando llegue?

—Voy a subir. Llámeme cuando esté aquí. —Entonces, incapaz de evitar un último comentario, dijo—: No me gustaría que el *vicequestore* me encontrase revolviendo en sus cajones.

—A él tampoco —respondió una voz grave desde la puerta.

—Vaya, teniente —saludó Brunetti sin inmutarse, y le dedicó una alegre sonrisa al hombre que lo miraba apoyado en el quicio de la puerta—. Una vez más, nuestra preocupación por los intereses del *vicequestore* es como dos corazones que laten al unísono.

—¿Es eso ironía? —preguntó Scarpa, y esbozó media sonrisa—. ¿O es sarcasmo, *commissario*? —El teniente hizo una pausa breve y al cabo de un momento añadió a modo de explicación—: A los que no gozamos de educación universitaria a veces nos cuesta notar la diferencia.

Brunetti calló un instante para concederle a la pregunta la reflexión necesaria antes de responder.

—En este caso, teniente, diría que se trata de una mera hipérbole, en la que una exageración flagrante pre-

tende señalar la falta de credibilidad y la falsedad de la frase.

Al ver que Scarpa no contestaba, Brunetti prosiguió:

—Es un recurso retórico empleado para crear humor.

Scarpa no dijo nada, así que el *commissario* continuó, sin dejar de sonreír.

—En filosofía, una de esas cosas que estudiamos en la universidad, se llama «*argumentum ad absurdum*».

Pero cayó en la cuenta de que se había pasado y evitó añadir que era un recurso que le resultaba muy útil en sus conversaciones con el *vicequestore*.

—¿Y se supone que tiene gracia? —preguntó Scarpa al final.

—Exacto, teniente. Así es. Pensar que yo traicionaría la confianza del *vicequestore* de algún modo es tan absurdo que la mera insinuación basta para provocar risas.

Brunetti hizo una mueca y abrió mucho la boca, como si su dentista le hubiese pedido que le enseñase los dientes.

Scarpa se apartó del marco de la puerta con un gesto rápido del hombro izquierdo. Unos segundos antes había adoptado una postura relajada, pero ahora estaba erguido y se veía mucho más alto. La facilidad con la que alargaba su postura lacia y encorvada le recordaba a Brunetti a las serpientes que había visto en los documentales de la televisión: cuando estaban tranquilas se enroscaban y permanecían quietas, como muertas; pero, con un solo ruido, su cuerpo se convertía en un látigo que se extendía a la luz del sol y multiplicaba el alcance de sus ataques.

Con la sonrisa intacta e incluso más amplia que antes, Brunetti se volvió hacia la *signorina* Elettra.

—Si tiene la amabilidad de avisarme cuando llegue el *vicequestore*, estaré en mi despacho.

—Por supuesto, *signor commissario* —accedió la *signorina* Elettra, que se volvió hacia Scarpa y preguntó—: ¿Qué puedo hacer por usted, teniente?

Brunetti se dirigió a la puerta, pero Scarpa no se movió, sino que continuó bloqueando la salida. El tiempo se detuvo. La *signorina* Elettra apartó la mirada.

Al final, el teniente dio un paso hacia la mesa de la secretaria y Brunetti salió del despacho.